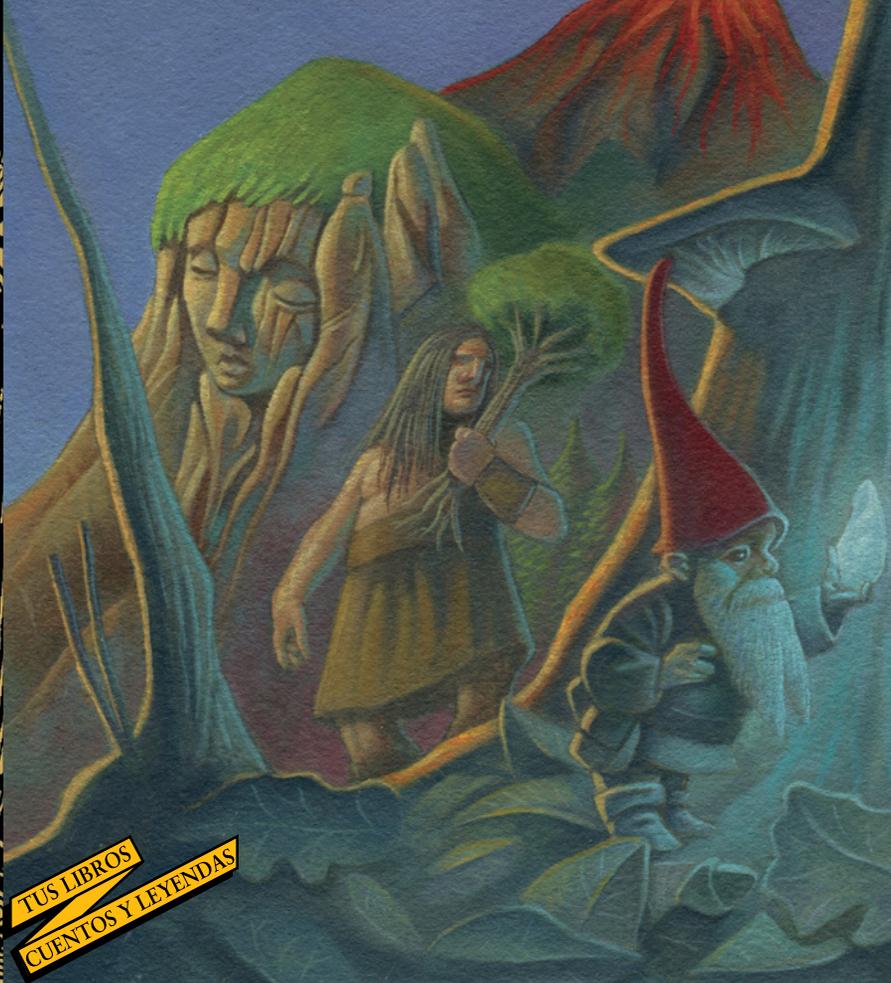


CUENTOS Y LEYENDAS DE LA TIERRA

Vicente Muñoz Puelles



TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2016
© De las fotografías: Archivo Anaya
(Candel, C.; Martín, J.; Ortiz, J.)
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez
Ilustración de cubierta: Max Hierro

Primera edición, septiembre 2016

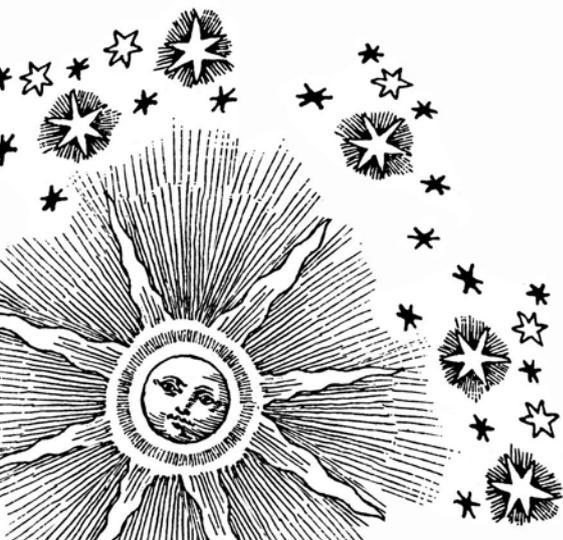
ISBN: 978-84-698-0882-5
Depósito legal: M. 25994/2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia
Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

CUENTOS Y LEYENDAS DE LA TIERRA

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA

CONTENIDO

1. LOS OBSERVADORES DEL CIELO	9
El hallazgo del primer calendario	11
Un lugar pantanoso.....	16
2. LEYENDAS DEL ORIGEN	21
Los nombres del Sol	21
El sostén de la Tierra	29
La Madre Sol.....	31
3. LAS FORMAS DE LA TIERRA	35
La calabaza universal.....	37
La gran alfombra.....	39
Tierra y la llegada de la muerte	41
La vuelta a la Tierra de dos esquimales.....	43
La Tierra esférica.....	45
4. LEYENDAS DEL MUNDO SUBTERRÁNEO	51
La llegada de la oscuridad.....	51
La oscuridad y la muerte.....	52
El primer entierro con flores	55
Guía para orientarse en el inframundo	57
El Tártaro y los Campos Elíseos.....	60
El suplicio de Tántalo	61
La entrada del Hades	63
5. HISTORIAS DE FÓSILES	67
Las víctimas del dragón.....	72

Huesos de gigantes.....	77
El primer mamut.....	83
6. EL CORAZÓN DE LA TIERRA	89
Gnomos y trols.....	92
La salida de la cueva	100
7. EL FUROR DE LOS DIOSSES	105
Namazu.....	106
El último día del mastodonte.....	110
La ira de la diosa Pele	113
8. LA TIERRA INQUIETA	117
Izanami e Izanagi.....	118
Los hijos rebeldes del Sol.....	120
Los hacedores de montañas	123
APÉNDICE	129

La voz del ave tenebrosa sonó toda la noche, y algunos dicen que la Tierra, febril, se estremeció.

SHAKESPEARE. *Macbeth*.

Los observadores del cielo

Imaginemos a unos observadores situados en los astros y provistos de potentísimos telescopios. Supongamos que los dirigen hacia nosotros, es decir hacia la Tierra, y que pueden contemplarnos con detalle, a la perfección. No verían, naturalmente, lo que está ocurriendo ahora mismo, es decir a una persona leyendo este libro, sino las imágenes que la luz, que viaja a través del espacio a unos 300 000 kilómetros por segundo, les está transmitiendo.

Cada observador obtendría, pues, una imagen distinta, según la distancia a la que se encontrase.

Si estuviera en el Sol, vería lo que hemos hecho en la Tierra hace unos diez minutos.

Un espectador más alejado, situado en la estrella Polar, contemplaría los acontecimientos de la guerra de los Treinta Años¹.

Y un tercer observador, colocado en una estrella de la Osa Menor, podría revivir, pongamos por caso, la batalla de Roncesvalles² que narra el

¹ La guerra de los Treinta Años fue un enfrentamiento religioso y político europeo que devastó Alemania, de 1618 a 1648, en que se firmó la Paz de Westfalia.

² Derrota que, según la tradición, infligieron los vascones a la retaguardia del ejército de Carlomagno en Roncesvalles (Navarra), al mando de Roldán (778), quien murió en la contienda.



*Cantar de Roldán*³ o la coronación del emperador Carlomagno⁴, el de la barba florida.

Retrocediendo cada vez más en los espacios estelares, llegaríamos a alguna nebulosa remota, desde la cual el supuesto observador, caso de disponer de un telescopio lo suficientemente potente, contemplaría a un homínido de Atapuerca⁵, o bien a un hombre de Cromañón⁶, que a su vez podría estar sentado a la entrada de su cueva o abrigo, admirando a simple vista, con una mezcla de curiosidad y reverencia, las estrellas distantes o el resplandor de nuestro satélite natural, la Luna. Es posible, incluso, que pintara con colores, a la luz temblorosa de la hoguera, los movimientos de los astros en las paredes de la cueva.

Obviamente, los antiguos antepasados del género *Homo*, que es el nuestro, debieron pasar buena parte de su tiempo mirando el cielo. A falta de conocimientos de otro tipo, tendrían su propia interpretación de lo que son la Luna y las estrellas, y para explicarlas inventarían relatos que tras muchas repeticiones se convertirían en las leyendas de la tribu. Las estrellas serían, por ejemplo, los ojos de los antepasados muertos, que nos vigilan desde lo alto, o unos cazadores

³ El *Cantar de Roldán* o *La Canción de Rolando* (*La Chanson de Roland*, en francés) es un poema épico de finales del siglo XI. El fragmento que se conserva narra el momento en que Carlomagno encuentra los cadáveres de Roldán, Oliveros y el obispo Turpin.

⁴ Carlomagno (742-814). Rey de los francos (768-814) y emperador de Occidente, como Carlos I el Grande (800-814), restauró el imperio en la Europa occidental y dio nombre a la dinastía carolingia.

⁵ Yacimiento paleontológico y prehistórico hallado en la sierra del mismo nombre, en la provincia de Burgos. Su ocupación abarca desde el Pleistoceno hasta la Edad del Bronce.

⁶ Raza humana prehistórica de *Homo sapiens*, que vivió en el Paleolítico superior, y que se extendió por toda Europa occidental.



que recorren el cielo, acechando tras las nubes a las presas huidizas. Las cambiantes fases de la Luna les parecerían obra de su eterno perseguidor, el Sol, que la habría dejado embarazada o la habría hecho desaparecer, y en su rugosa superficie distinguirían las figuras de animales desconocidos o las pisadas de gigantes extintos.

Pero no eran solo relatos. En realidad, los cuerpos celestes tenían gran importancia práctica. El Sol proporcionaba calor y luz durante el día, y la Luna iluminaba la Tierra durante la noche. El comportamiento regular de la salida y la puesta del Sol, las posiciones de este respecto a las estrellas y las fases lunares facilitaban a los primeros observadores del cielo el modo de regular su propia vida, de saber cuándo convenía iniciar la caza, encender el fuego, echarse a dormir en el refugio o en la cueva o, incluso, medir el paso del tiempo, porque todo cambiaba demasiado aprisa y medirlo era un poco como intentar detenerlo.

EL HALLAZGO DEL PRIMER CALENDARIO

Una mañana de 1962, Alexander Marshack⁷, que por entonces era un escritor científico de cuarenta y cuatro años, se encontraba en la biblioteca del museo Peabody, de la universidad de Harvard, buscando material sobre los oríge-

⁷ Alexander Marshack (1918-2004). Arqueólogo estadounidense. Descubrió que las marcas que presentaba un pedazo de asta encontrado en la cueva de Tai, en Francia, eran calendarios lunares.



nes de la investigación espacial para un libro que la NASA le había encargado. De pronto, su mirada fue a detenerse en un montón de fotografías que yacía sobre la mesa, y en particular sobre la de un pequeño objeto de hueso, que mostraba en un costado una serie ordenada de muescas y rayas.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Hallam L. Movius, conservador del museo, que le había facilitado el acceso a las colecciones.

Movius, sin decir palabra, le tendió la ficha correspondiente.

—«Placa de asta de reno —leyó Marshack—. Descubierta en un abrigo rocoso de la región de la Dordoña, Francia». No es una anotación muy detallada, ¿verdad?

—No —contestó Movius—. Supongo que podría precisarse algo más. Ese material debió de llegar al museo hacia los años veinte. ¿Hay algo que te preocupa?

Marshack, absorto, seguía mirando el trozo de asta.

—Estas señales... —empezó a decir.

—No les encuentro nada de particular. De hecho, son bastante comunes en los huesos y piedras prehistóricas.

—Pero ¿qué significan?

Movius se encogió de hombros.

—¿Y por qué han de significar algo? Quien hizo eso pudo ser un constructor de herramientas que se aburría. Quizá le entró un repentino afán decorativo y quiso añadir unos adornos al asta.



Marshack negó con la cabeza.

—Vas a reírte, porque el experto en prehistoria eres tú, pero creo que hay algo más. Un sistema de contabilidad o algo así.

—¿Un sistema de contabilidad? Como no fuera para anotar los animales cazados...

—Te digo que hay algo más —insistió Marshack, acariciando la foto—. Aún no sé qué es, pero lo averiguaré.

Marshack no tardó en abandonar el libro que estaba escribiendo acerca del espacio y se embarcó en una investigación que duró cuatro años, durante la cual analizó con el microscopio cientos de objetos de la Edad de Piedra, muchos de los cuales parecían contener complicadas anotaciones.

Poco a poco fue surgiendo en él la convicción de que algunos de aquellos objetos, los del período Auriñaciense⁸, hace 34 000 años, podrían ser un registro de las fases de la Luna, lo mismo que el asta de reno que le había llevado a empezar sus pesquisas.

El objeto más llamativo era una placa ovalada, grabada también en asta y encontrada, como la otra, en la Dordoña. En una de sus caras, el artista había formado una franja zigzagueante, compuesta de sesenta y nueve señales claramente perceptibles.

Cuando Marshack examinó la placa con mayor atención, se convenció de que las marcas no

⁸ Primer período del Paleolítico superior, en el que se introdujo la industria del asta, del sílex y del hueso.

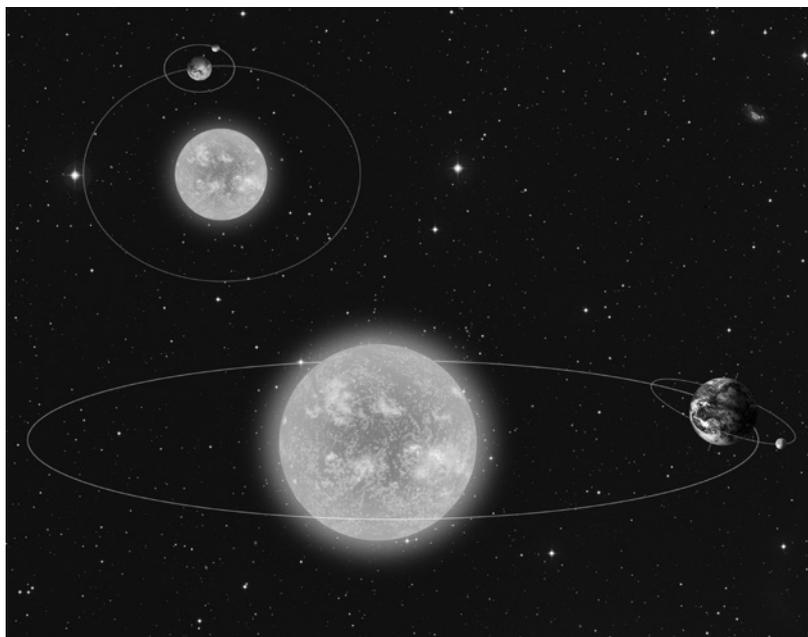


podían ser una decoración casual hecha por un Cromañón ocioso, de una o dos sentadas. El microscopio evidenciaba que el autor de las sesenta y nueve señales había cambiado con frecuencia de utensilio punzante, y que la presión y el estilo de la punzada también diferían.

Marshack supuso que las señales habían sido practicadas sucesivamente en distintas ocasiones, y que eran una especie de notación sistemática que el artista hacía para sí mismo o acaso para su tribu. Dedujo que cada señal significaba una noche distinta y que la serpenteante franja, con sus extrañas vueltas y revueltas, era una representación esquemática de los puntos de salida y puesta de la Luna, durante un período de dos meses y cuarto. Si la interpretación de Marshack es correcta, eso significaría que los hombres de Cromañón fueron capaces de registrar con regularidad acontecimientos que tenían lugar en el cielo.

* * *

Y es que a medida que los arqueólogos y antropólogos de todo el mundo van hallando y ensamblando hasta las más diminutas piezas del nebuloso rompecabezas de la prehistoria, tanto más cercanos nos parecen aquellos primeros observadores de los astros. No es de extrañar que aquella gente considerase a la Luna como una diosa o una madre celestial, y al Sol como un dios o un padre celestial, y que les atribuyesen un papel determinante en el origen de la Tierra o



en la creación y el mantenimiento de la vida. En algunas culturas, como entre los aborígenes australianos, estos papeles se invertían, y el Sol era la madre, y la Luna, el padre, o bien se trataba de dos hermanos rivales, o de un hermano y una hermana que se habían perdido y se buscaban por todo el cielo.

Observaban los astros y creían en estas leyendas, pero al mismo tiempo eran muy conscientes del suelo que pisaban y del paisaje en que vivían, al que también atribuían un papel mágico. Las rocas de su entorno no eran simplemente rocas, sino personas o animales petrificados. Los árboles no eran simplemente árboles, sino los cuerpos



transformados de unos héroes del pasado. Los arroyos no eran meros cauces por los que discurría el agua, sino los rastros de grandes serpientes inmersas en la creación del mundo, que aún no había terminado y acaso nunca terminaría, porque todo volvía a suceder cuando se mencionaba.

UN LUGAR PANTANOSO

Cuentan los yoruba⁹ de Nigeria, en África, que al principio solo había un lugar húmedo y pantanoso. Arriba estaba el firmamento, donde Ol-orun, el Dueño del Cielo y Ser Supremo, vivía con otros dioses. A veces se descolgaban por las telarañas, que eran como escaleras transparentes, y descendían hasta la Tierra, para practicar los juegos de los dioses. Pero, para su desagrado, siempre acababan sucios y llenos de barro.

Aún no había hombres que pudieran servirles, porque la Tierra era demasiado blanda para sostenerlos, y se habrían hundido y ahogado.

Un día, Ol-orun, el Ser Supremo, convocó a Orisha Nla, Gran Dios, y jefe de todos los dioses, a su presencia.

—Haz que el suelo de la Tierra sea firme —le ordenó. Y le dio una concha de caracol que contenía un poco de tierra seca, una paloma y una gallina con cinco dedos.

⁹ Pueblo que vive en Nigeria, Togo y Dhomey. En el siglo XIX fueron conquistados por los británicos y formaron parte de Nigeria. Destacan sus manifestaciones artísticas en bronce, marfil, terracota y madera.



El Gran Dios bajó al pantano, acotó un pequeño terreno y lo espolvoreó con la tierra seca del caracol. Luego puso la paloma y la gallina en el suelo, y las aves empezaron a escarbar en la tierra y a esparcirla. Pronto cubrieron la mayor parte del pantano y el suelo se endureció.

Cuando el Gran Dios informó al Ser Supremo, este envió al Camaleón¹⁰ para que supervisara el trabajo. Tras la inspección, el Camaleón informó de que la Tierra era muy vasta, pero no estaba lo bastante seca. Volvió a descender, y esta vez informó de que ya se había secado.

El pequeño terreno donde la Creación había empezado se llamó *Ifé*, lo que significa «vasto» o «extenso», y luego se le añadió la palabra *Ilé*, que significa «casa», para dar a entender que aquella casa dio lugar a todas las demás casas de la Tierra. Desde entonces, la ciudad más sagrada del pueblo yoruba se llama *Ilé-Ifé*, y esta leyenda se cuenta aún para justificar su importancia.

La creación de la Tierra costó cuatro días, y el quinto se reservó para la adoración del Gran Dios. Desde entonces el calendario yoruba cuenta con una semana de cinco días, cada uno de los cuales está consagrado a una divinidad.

El Ser Supremo volvió a enviar al Gran Dios a la Tierra para que plantase los árboles, que darían al ser humano comida y riqueza, y le entregó la semilla de la primera palmera, para que al crecer pudiera alimentarse con sus fru-

¹⁰ El camaleón es un personaje importante en muchos mitos africanos, a causa de sus cambios de color para acomodarse al entorno, su marcha lenta pero decidida y sus grandes ojos rodantes [Nota del autor].



tos. El Gran Dios plantó la palmera y otros árboles corrientes, y después hizo caer la lluvia sobre ellos.

Mientras, los primeros hombres habían sido creados en el Cielo y enviados a la Tierra. Parte de la tarea de hacerlos fue confiada al Gran Dios, que los modeló con barro y les dio sus rasgos. Pero el poder de dar la vida a aquellas figuras estaba reservado al Ser Supremo.

Se cuenta que el Gran Dios estaba celoso de ese poder, y que decidió espiar al Ser Supremo para ver cómo lo hacía. Así que un día, cuando había acabado de modelar las figuras humanas, se escondió cerca de ellas para poder espiar sin ser visto.

Pero nada escapa al Ser Supremo, que para eso es quien es. Sumergió al Gran Dios en un profundo sueño, y cuando este despertó el secreto ya se había manifestado y los seres humanos ya habían nacido a la vida.

Todavía hoy, el Gran Dios modela los cuerpos de los hombres y los de las mujeres, pero a muchos de ellos les deja unas marcas características, lunares o cicatrices con los que expresa su disgusto.

* * *

Historias como las de los yoruba figuran en la tradición oral de todos los pueblos, y siguen siendo contadas y escenificadas cada noche en torno a la hoguera, mientras los oyentes alzan la cabeza para observar el cielo.



La mayoría de esos oyentes ignora que las estrellas, incluso las más próximas, están tan lejos de nosotros que su luz ha tardado años en alcanzar la Tierra. Es posible, incluso, que, la estrella remota que estamos observando con un potente telescopio ya haya muerto.

Nada de eso debe entristecernos, sin embargo, porque las estrellas se forman y desaparecen sin cesar, y cada noche los modernos observadores del cielo atisban nuevas luces.



Otros títulos de esta serie



Para expiar sus crímenes, Hércules es condenado a llevar a cabo doce trabajos forzados: Matar al león de Nemea y a la hidra de Lerna, hacerse con el cinturón de la reina de las Amazonas, e incluso amaestrar a Cerbero, el perro guardián de los Infiernos... La alianza de fuerza, astucia y temeridad hacen de Hércules uno de los más célebres personajes mitológicos.

TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS



Isis quiere arrebatarle a toda costa el poder a Ra; Osiris y luego Horus se enfrentan a Set, el cruel dios rojo; Kunapup, el campesino, e Ipuver, el sabio, desafían al faraón... Dioses todopoderosos y magos, faraones designados por el cielo, sacerdotes, escribas y valientes campesinos son los protagonistas de estas historias del país del Nilo, el río divino.

TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS



Un príncipe celoso y codicioso, una joven princesa seducida por un dios; dos recién nacidos, Rómulo y Remo, recogidos por una loba... Las estratagemas, los combates a muerte, el poder de los dioses y la valentía e intrepidez de los hombres figuran en estas historias que componen la leyenda del nacimiento de una ciudad, Roma, que dará lugar a un gran Imperio.

TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS



Orfeo, Antígona, Teseo, Perseo, Edipo, Paris, Aquiles, Ulises, héroes que, aunque actúan con la complicidad de los dioses, conservan las debilidades humanas. De Perseo, que logró vencer a Medusa, a Ulises, el astuto, pasando por los héroes de la guerra de Troya, estas historias tomadas de la mitología clásica rebosan de personajes cuya generosidad o audacia les llevaron a realizar proezas ejemplares.

A escala cósmica, la Tierra es un planeta diminuto, ligado a una estrella solitaria, el Sol, que a su vez forma parte de una galaxia entre millones de galaxias. Pero, de todos los lugares que pueden albergar la vida, es el único del que sabemos con certeza que la tiene, no solo en sus formas más simples, sino también en las de las plantas y los animales más evolucionados, como la especie humana. Son muchas las historias con las que, a lo largo del tiempo, la humanidad ha recreado el lugar donde habita: mitos sobre su forma y su representación, leyendas sobre la formación de las montañas, los volcanes, los ríos o las criaturas subterráneas... Aquí se recogen algunas de ellas.



www.anayainfantilyjuvenil.com

1566538

ISBN 978-84-698-0882-5



9 788469 808825

ANAYA